

## Retos de la UE en Oriente Próximo

*Miguel Ángel Moratinos*

Exministro de Asuntos Exteriores  
y de Cooperación de España

Difícilmente podemos entender hoy la situación de Oriente Próximo sin su interrelación con Europa. Desde “el rapto de Europa” hasta Kundera, que al recibir el premio Jerusalén de literatura, señaló que Israel es el “corazón de Europa... un corazón extraño, situado fuera de su cuerpo” toda la historia europea y todo el acontecer del *levante* han estado íntimamente unidos.

El discurrir de esta relación permanente no siempre ha sido armónico y tranquilo. Las luces y las sombras lo han acompañado en su devenir histórico y en su desarrollo contemporáneo a este artículo no le corresponde recordar episodios históricos, aunque si es necesario aludir a aquellos que fueron decisivos para la configuración de la realidad actual. Los acuerdos *Sykes-Picot* y la declaración a Balfour, el holocausto y la creación del Estado de Israel, son los principales hitos que ayudan a explicar la situación de nuestros días. Esta breve enumeración histórica puede servirnos para mostrar el carácter vital de los intereses europeos en Oriente Próximo.

Es cierto que Europa —Francia y Reino Unido principalmente— se eclipsaron tras la crisis de Suez y que nuestra influencia quedó difuminada por la *hiperpotencia norteamericana*. La conferencia de Paz de Madrid confirmó la desaparición de la URSS, el surgimiento de la *pax americana* y la pérdida de influencia de los europeos. Esa pérdida debe matizarse pues, aun siendo cierto que Europa no está en la mesa de negociaciones, sí que es un actor relevante con visión política y capacidad económica para orientar la solución definitiva del conflicto arabo-israelí. Sin la declaración de Venecia y el apoyo económico y financiero de Europa al pueblo palestino la esperanza de paz en oriente Próximo se hubiera esfumado.

Este año en el que conmemoramos el centenario del inicio de la Primera Guerra Mundial que, tras el Tratado de Versalles de 1919, dio lugar al actual mapa de Oriente Medio, sería oportuno subrayar en qué situación nos encontramos. La primera valoración es que, al igual que en 1914, hoy nos enfrentamos a un mundo en cambio y a un proceso de mutación profunda en el orden regional de Oriente Medio similar a lo que supuso la caída del imperio Otomano. En segundo lugar, Oriente Próximo debe conciliar su antigua agenda: fronteras, conflictos territoriales, energía, rivalidades hegemónicas bipolares, etc., con los nuevos desafíos de este

siglo XXI; es decir, la lucha contra el terrorismo, el fundamentalismo islámico, proliferación nuclear, seguridad alimentaria, escases de recursos hídricos, confrontación cultura y religioso. Por último, también los actores implicados han cambiado: por una parte, los países árabes y los palestinos defienden autónomamente sus propias causas y sus soberanía, así como Israel es un estado reconocido por la mayoría de los países representados en Naciones Unidas, y Estados Unidos ejerce el mayor liderazgo en la región, aunque en los últimos meses ha tenido que abrir espacio a la Federación Rusa y a Turquía, así como algunos países del Golfo como Arabia Saudí y Qatar, sin olvidar el papel preponderante que desempeña la República de Irán.

En estas circunstancias nos encontramos con un Oriente Próximo fragmentado y convulso en lo político, lo religiosos y lo territorial. La crisis Siria, el desmantelamiento de las estructuras del poder en Irak y el estancamiento del proceso de paz israelo-palestino hacen de la región una zona de enorme volatilidad. En mi opinión, este último conflicto sigue siendo el corazón y el epicentro de toda la inestabilidad medio-oriental que contamina todas las relaciones internacionales y condiciona y dramatiza la vida de millones de seres humanos.

Hoy nos encontramos con un proceso de paz agotado, con nego-

ciaciones estancadas y sin visos de que se reanuden en un futuro próximo y todo ello, en un contexto internacional y regional que podría ser favorable a un arreglo final si analizamos con objetividad las consecuencias estratégicas de la primavera Árabe y los desafíos iraníes e iraquíes, acontecimientos que no reclaman la atención necesaria de la clase dirigente israelí. Más bien al contrario, ante la incertidumbre y el ascenso del Islam político, Israel ha optado por iniciar un nuevo ensimismamiento, encerrarse dentro de sí misma y esperar tiempos mejores. Considera, erróneamente que el tiempo juega a su favor.

Estos acontecimientos y escenarios políticos nos hacen interrogarnos sobre qué hace la Unión Europea, y sobre todo, que debería hacer. Lamentablemente y a pesar de que la unión ha consensuado durante los últimos años una posición común sobre cuáles deben ser la base de un acuerdo final —conclusiones de la presidencia sueca, noviembre de 2009—, esta se ha visto incapaz de ejercer su liderazgo durante estos últimos años y ha vuelto a reflejar la tradicional cacofonía interna y un dócil seguimiento de la política norteamericana.

Hoy nos encontramos sin hoja y sin rutas, los esfuerzos y declaraciones del Cuarteto no han logrado desencadenar una nueva dinámica de paz, por lo que parece necesario cambiar de marco negociador y proponer uno nuevo, con el fin

de relanzar y revitalizar el proceso de paz.

Es hora de que la Unión Europea recupere y rompa su actual apatía. La única carta negociadora de la que disponemos hoy es el reconocimiento del Estado Palestino. Estamos obligados a proponer una nueva estrategia político-diplomática en que ambas partes encuentren elementos de interés. Los europeos podríamos enunciar el doble reconocimiento y establecer una fecha límite para el reconocimiento del Estado Palestino si, en un plazo razonable y predeterminado, no se hubiera avanzado seriamente en las negociaciones de paz. Por otra parte, la UE podría comprometerse en facilitar la normalización diplomática del mundo árabe-islámico con Israel en ese mismo plazo.

Paralelamente, israelíes y palestinos deberían reanudar las negociaciones de paz, concentrándose en las cuestiones territoriales, de fronteras y todas aquellas relativas a la seguridad. Al mismo tiempo, el Cuarteto podría adoptar el compromiso de negociar y alcanzar un acuerdo eficaz y auténtico que detenga la expansión de los asentamientos. Esta estrategia no se trata de una declaración más, sino de lograr sobre el terreno la paralización de la política de colonización.

A día de hoy, la Unión Europea debe plantearse la configuración y el mandato del Cuarteto; este no cumple los objetivos para los que fue creado y debería abrirse y

reestructurarse para que participaran los principales países árabes, así como la liga árabe y Turquía. A su vez la unión Europea tendría que proponer un plan de nueva actuación para el Cuarteto y que este evaluara permanentemente el desarrollo de los acontecimientos en Oriente Próximo.

Si estas actuaciones hacen referencia al marco político-institucional de la Unión Europea, la sociedad civil europea puede y debe desempeñar un papel relevante en la sensibilización de las opiniones públicas europeas e internacionales sobre el conflicto de Oriente Próximo, con la optimización de sus recursos y experiencias en movilizaciones sociales. Hoy más que nunca el poder blando, adscrito siempre a Europa, puede ser determinante en el nuevo contexto regional.

Las sociedades civiles europeas, árabes e israelí favorables a la paz y a la resolución definitiva del conflicto tienen capacidad para favorecer una nueva dinámica que impulse y acompañe la solución definitiva. En los últimos meses hemos asistido a movilizaciones ciudadanas que han logrado deponer pacíficamente regímenes autoritarios y anacrónicos. La determinación ciudadana puede poner en evidencia que la situación de impasse en oriente Próximo debe desbloquearse para avanzar hacia el futuro de paz y prosperidad.

En este sentido, la Unión Europea podría servir de conexión entre

Israel y las nuevas elites dirigentes del norte de África, y el mundo árabe con indudable eficacia. Si hasta la denominada primavera árabe, Israel proclamaba con fundamento que era la única democracia de la región, afortunadamente hoy los países que configuran su vecindad con orgullo están en la conquista de la dignidad cívica y democrática.

Ha llegado el momento en que ambas partes abandonen sus prejuicios tradicionales e históricos para perfilar un nuevo horizonte, y que los norteafricanos y los árabes se liberen y despojen de los tabúes que mantienen sobre Israel. Es necesario que frente a la posición sistemática del boicot proporcionen una diplomacia activa de defensa de sus intereses; una acción política y diplomática que debería explicar directamente al gobierno y a la sociedad israelíes. Para ello, sería oportuno recuperar la iniciativa árabe de paz y que una delegación ministerial pudiera viajar y permanecer en Israel para explicar a diversos interlocutores (la *Knesset*, las acciones sindicales, empresariales y profesionales, universidades, *thinks tanks*...) los beneficios de una reconciliación definitiva y de la paz.

La Unión Europea está llamada a tener un papel clave en todo el proceso y a diseñar un plan de acción para sondear el mayor número de sensibilidades sociales y políticas, y facilitar o proponer iniciativas concretas. Probablemente sea

el momento de centrarse en la convocatoria y la preparación de una Cumbre Euro-mediterránea que ponga en contacto, y al más alto nivel, a las elites políticas del sur de Israel con los responsables de la Unión Europea. Por el momento, esta convocatoria no se ha planteado porque los jefes de Estado y de gobierno de la Unión Europea, que siguen con interés e incertidumbre el desarrollo de los acontecimientos en el mundo árabe, parecen estar paralizados ante los distintos focos de inestabilidad presentes en el escenario medio-oriental. Han optado por esperar a que se estabilice la situación en Siria para valorar sus impactos en otras naciones y no se comprometen con una actitud proactiva que utilice el instrumento diplomático para acelerar el proceso de cambio que vive la zona.

Otra opción sería proponer una nueva iniciativa que, inspirada en el Acta de Helsinki, aportara un marco multilateral de seguridad, diálogo y cooperación. Si en los años 70 del pasado siglo Occidente y la extinta Unión Soviética superaron la dialéctica bilateral y los enfrentamientos ideológico y militar gracias a la CSCF (Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea) por qué no intentar algo similar en la actualidad. En aquel entonces el pacto fue accesible y sencillo: respecto a la integridad territorial de las fronteras a cambio de diálogo y cooperación sobre cues-

tiones políticas y económicas y, principalmente, en materia de derechos humanos. Para Oriente Próximo se trataría de reunir en torno a una misma plataforma multilateral a todos los países de la región más Estados Unidos. Rusia, la Unión Europea, China, Japón y Turquía para abordar y cooperar en cuestiones de seguridad, incluidas las capacidades nucleares, cuestiones económicas, seguridad alimentaria, cambio climático..., sin olvidar el diálogo intercultural y religioso.

Todo ello, necesitaría de un liderazgo europeo. Sin embargo, los silencios de la UE en estos últimos años sobre los acontecimientos en el Mediterráneo y Oriente.

Próximo levantan fundadas sospechas de falta de visión y voluntad políticas para responder con eficiencia y rigor a los resultados de las distintas causas abiertas. Sin embargo, la situación requiere con urgencias una respuesta netamente europea, y de no producirse, no sólo volveríamos a asistir al denominado *eclipse europeo*, como el que se produjo en el año 1953 con la crisis de Suez, sino que Europa dejará de ser un actor de referencia e influyente en la escena internacional para convertirse en uno secundario e irrelevante.

En cada vez más patente que el Norte de África y Oriente Próximo miran más hacia el Este o el Sur y que se preocupan menos de alzar su mirada hacia el Norte, del que

sólo reciben señales de crisis y de distanciamiento incompresibles, sobre todo, si se toma en cuenta la historia y la geografía de la región. Espero y deseo que los dirigentes

europeos lean con coraje y decisión la realidad del Mediterráneo y de Oriente Próximo, y afronten con visión estratégica los retos actuales y futuros de Oriente Próximo.